

*Para Mariña e Inma, sempre.*



Por encima de todas las fronteras,  
por encima de muros y vallados,  
si nuestros sueños son iguales,  
como a un hermano te hablo.

*Larga noche de piedra*  
CELSE EMILIO FERREIRO



# ● 1

PARA HELENA, su pueblo es el más bonito del mundo. Algunas noches, cuando tarda en dormirse, imagina que Adrián y ella pueden volar y elevarse hasta lo más alto, como hacen las águilas que en los días claros vigilan el valle. Después, los dos descienden dejándose arrastrar por las corrientes de aire y, agarrados de la mano, sobrevuelan los lugares en los que transcurre su vida, que desde el cielo parecen aún más hermosos que en la realidad.

¡Son tantas las cosas que le gustan del pueblo! Las casas, los árboles, el río, la biblioteca, la plaza... Siempre hay gente con-

versando por las calles y, al caer la tarde, las terrazas del parque aparecen repletas de personas alegres que comentan las incidencias del día. Además, los meses de frío son pocos y el calor nunca es agobiante en el verano.

La casa de Helena está en una calle de edificios idénticos. Todos tienen una chimenea y dos buhardillas en el tejado que da al frente, y también un pequeño jardín que cada familia ha adornado con plantas diferentes. En el de la niña crece una enorme buganvilla que trepa por la pared hasta las ventanas del piso



superior y se cubre de flores rojas en los meses de calor.

Por las mañanas, cuando sale de casa, lo primero que hace es ir a llamar a Adrián,



que reside en otra vivienda, situada en la parte baja del pueblo, donde las calles son estrechas, y las casas, más antiguas. Allí espera a su amigo, que casi siempre se retrasa porque es más dormilón y se le pegan las sábanas. Cuando por fin aparece en la puerta, los dos se saludan alegres y recorren juntos el camino del colegio.

A esa hora de la mañana ya hay una gran cantidad de gente en los comercios y tiendas de la calle principal. Les encanta



pararse delante de algunas, contemplar la variedad de pescados en la pescadería de Estrella, los libros con cubiertas atractivas que destacan en el escaparate de la librería, las frutas de mil colores en el colmado del señor Tomás... Aunque lo que más les gusta es sentir el delicioso aroma a pan recién hecho que sale de la panadería de Rosa e inunda toda la acera.

Por las tardes siempre se reúnen bajo el gran roble que hay más allá del parque,



en un prado que baja en pendiente hasta acabar en el río. El roble es tan inmenso que, incluso extendiendo mucho los brazos, no pueden abarcar más que una pequeña parte de su tronco. Se necesitarían varios niños más para poder rodearlo por completo.

El árbol bien podría llamarse la casa de los pájaros, pues, al anochecer, se llena de mirlos, pinzones, estorninos, tórto-



las, reyezuelos, gorriones y otros pájaros que se reúnen entre sus ramas. A esa hora arman un ensordecedor alboroto de gorjeos, como una orquesta donde cada instrumento fuera por su lado, que va disminuyendo conforme avanzan las sombras.

También es una casa para los dos niños. Una casa que los protege del sol en los días de verano o de la lluvia que las nubes descargan con furia en los meses de invierno. Muchas veces trepan árbol arriba y suben hasta el lugar donde el tronco se abre en tres grandes ramas. Desde lo alto se ve el río, que se curva para bordear el pueblo, y los campos de maíz y de patatas, y los bosques que se extienden hasta la línea del horizonte.

Allí arriba se sienten como los náufragos de una isla solitaria, lejos de las miradas de la gente. O, en los días en los que el viento sacude las ramas y agita las hojas con intensidad, como marineros de un

barco solitario navegando por un mar de hierba con las velas desplegadas. Aquel lugar es un refugio secreto, el espacio ideal para sus juegos.

El primer día de curso, la maestra les había leído en clase el cuento de una ciudad en la que las personas escribían o dibujaban sus deseos en hojas de papel y después los colgaban en un árbol de la plaza principal, de manera que las ramas estaban siempre cubiertas de papeles de colores que parecían flores o frutas exóticas. Y aunque el viento arrancaba las hojas y las llevaba por el aire, aunque la lluvia las dejaba empapadas y hacía ilegibles las palabras, el árbol nunca conocía el invierno y cada mañana aparecía cubierto de nuevas hojas, pues los habitantes de la ciudad se morirían de pena si no pudieran poner en palabras sus deseos.

El cuento les había gustado tanto que también ellos decidieron hacer algo pare-

cido en su roble. Solo que, para que nadie más lo descubriera, pintaban con rotulador, en el envés de las hojas, una palabra que recordase el deseo pedido. Habían acordado no decirlos en voz alta, así que Adrián tenía que adivinar por qué Helena había escrito ÁGUILA, BARCO, BESO, SIEMPRE... Y otro tanto le ocurría a ella con las que iba escribiendo su amigo, como AVIÓN, PIRATA, BESO y muchas más.



